Domingo del Prado

El pescador de estrellas

Fundación Conrado Blanco

Ilustrado por Fernando Noriega

Domingo del Prado

Ilustraciones de Fernando Noriega

El pescador de estrellas

FUNDACIÓN CONRADO BLANCO

PRESENTACIÓN
Los cuentos, un recurso educativo

El Pescador de Estrellas rezuma ternura, candor, dulzura; es un cuento en el que las actitudes positivas adquieren la relevancia que verdaderamente tienen y merecen. Muestra habilidades sociales y pautas de comportamiento para la tolerancia, la paz, la alegría, la constancia, amistad o autoestima. Pautas convenientes para gestionar adecuadamente las emociones y caminar hacia un correcto desarrollo y equilibrio de la inteligencia emocional.

Con el primor de una madre invisible, educa en valores, enseñando una serie de principios, y actitudes que favorecen el crecimiento como persona y, como dice el protagonista, *enseñan a vivir.*

Y, si educar en valores, es educar para la felicidad, éste es un manual para ser feliz.

De forma sencilla y amena facilita el aprendizaje de una filosofía práctica, introduciendo al lector en el mundo fantástico y amigable de los cuentos. No importa si lo que cuenta es sueño o realidad, lo verdaderamente esencial son las enseñanzas que nos aporta.

Por ser transmisor de valores de gran interés pedagógico, la Fundación Conrado Blanco ha considerado conveniente su publicación pues, con seguridad, contribuirá a crear aptitudes emocionalmente sanas y saludables. Asimismo, se cumple la ilusión de Estrella, que soñaba con que este relato llegara a las manos de los niños.

Con el agradecimiento al autor por esta magnifica aportación, felicitándole por su creatividad y sensibilidad al valerse de la fantasía para inculcar valores tan importantes y necesarios en el mundo real.

Luisa Arias G.

“In memoriam”

Para mi Estrellita,
antes “la del Cariño”
y “la de la Alegría” y ahora,
mi “Estrella de los Recuerdos”.

Domingo del Prado
El pescador de estrellas

1

El regalo del abuelo

Amanecía el 7 de julio. Aquel 7 del 7 era para mí el día más esperado. Mi séptimo cumpleaños.

Cuando todo estaba en silencio, me levanté de la cama y me dirigí al salón.

Allí, precisamente, al lado de la chimenea, estaba la primera sorpresa de aquella mágica noche: el ansiado regalo del abuelo. Un regalo especial y misterioso, guardado en una gran caja de cartón, que mi abuelo me había dejado cuando se fue para el cielo, hace ya dos años.

Por fuera tenía pegada una nota:

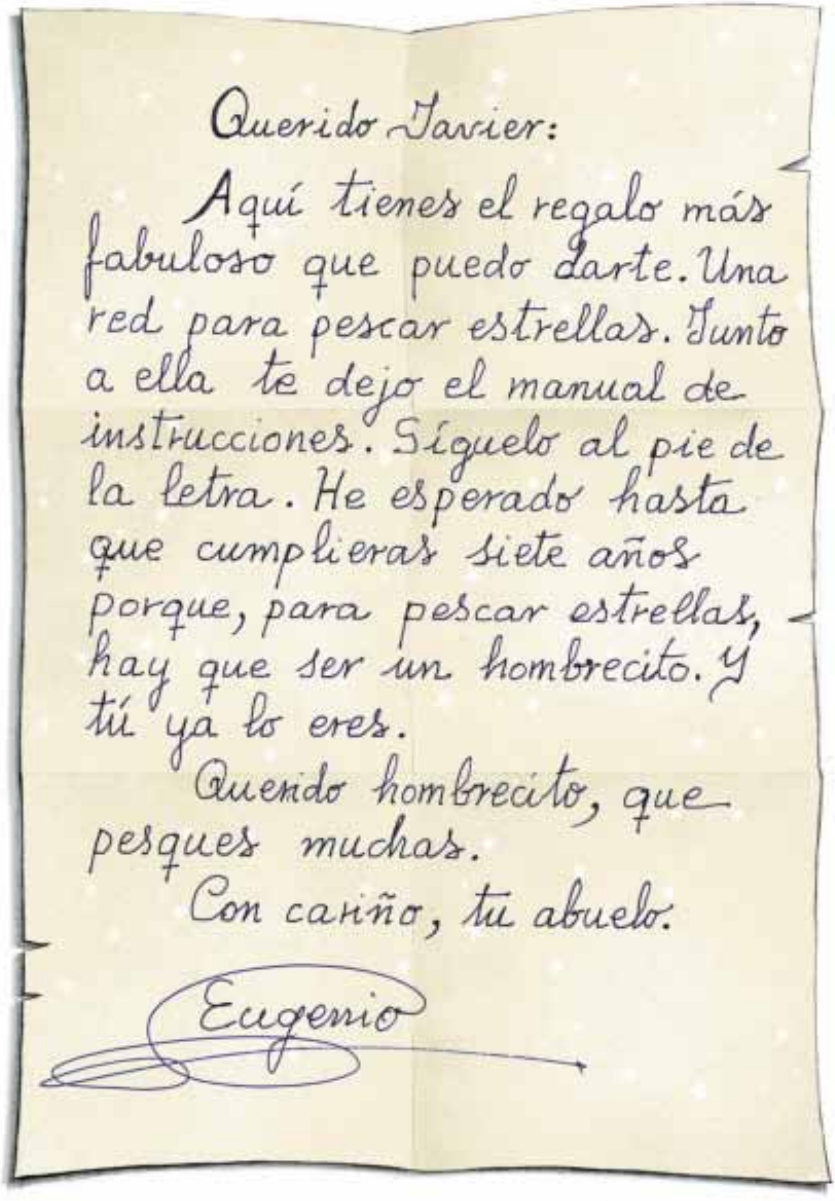
"Para Javier. No lo abras hasta que tengas 7 años".

Yo estaba emocionado y no cabía en mis pantalones cortos. Por fin, había llegado el momento más soñado y esperado de mi vida. Un instante que parecía que no iba a llegar nunca.

En casa había una gran expectación. Mamá estaba a mi lado, de pie, muy nerviosa, con la mano derecha apoyada en su mejilla, con la cara ladeada y sonriente y con la otra mano haciendo gestos para que abriera el regalo. Papá estaba también cerca de mí, con los brazos cruzados y con los ojos como platos, lo mismo que mi hermana Carolina.

Después de mirar a los tres, me acerqué nervioso a la caja. Era muy grande, mucho mayor que una de zapatos. Me temblaban las manos y todo el cuerpo. ¿Qué habría allí dentro?

Corté impaciente la cuerda, abrí las solapas y... me quedé con la boca abierta, mucho más abierta que la caja. Dentro... ¡sólo había una red! Encima de ella, un sobre que estaba ya algo amarillento y que ponía mi nombre. Lo cogí, lo puse junto a mi corazón, lo apreté fuertemente y me decidí a abrirlo. Saqué el único papel que tenía, un simple papel ya un poco descolorido. Lo desdoblé con cuidado. Era una carta manuscrita, con la hermosa letra de mi abuelo:


Querido Javier:

Aquí tienes el regalo más fabuloso que puedo darte. Una red para pescar estrellas. Junto a ella te dejo el manual de instrucciones. Síguelo al pie de la letra. He esperado hasta que cumplieras siete años porque, para pescar estrellas, hay que ser un hombrecito. Y tú ya lo eres.

Querido hombrecito, que pesques muchas.

Con cariño, tu abuelo.

Eugenio

¡Una red para pescar estrellas! ¡Ha merecido la pena esperar! ¡Ya soy mayor!

2

El manual de instrucciones

Nunca hubiera imaginado este regalo. No pude contenerme. Saqué a toda prisa la red, la tendí en el suelo del salón, miré de nuevo a la caja y vi que, en el fondo, había otro sobre grande. Era de color ocre y ponía por fuera: "*Manual de instrucciones*". Abuelo no se olvidaba de ningún detalle.

Abrí ese segundo secreto y saqué con cuidado las hojas que había en él. Estaban grapadas y escritas a máquina. Confieso que me defraudó que no estuvieran escritas con la letra del abuelo, que era un as en caligrafía. Con impaciencia, comencé a leer.

Red de pescar estrellas
Manual de instrucciones

RED DE PESCAR ESTRELLAS

Manual de instrucciones

Enhorabuena. Acabas de adquirir la más fabulosa red del mercado. La mágica red de pescar estrellas. Con ella podrás realizar pescas increíbles.

Nota: Antes de utilizarla, lee detenidamente el presente manual y síguelo al pie de la letra.

• Composición:

— Miles de nudos de imaginación.

— Fibras de fantasía, cosidas con hilos de ilusión y rematadas con bolas de paciencia.

• Características técnicas:

***Dimensiones**: variables. Se adaptan al tamaño del pescador. Máximo, totalmente extendida: 7 m^2.*

***Hilos**: 7 milímetros de diámetro.*

***Distancia entre nudos**: 7 centímetros.*

***Peso**: 700 gramos.*

***Capacidad máxima**: 7 piezas grandes (talla mínima: 7 centímetros de largo).*

***Resistencia máxima**: 0,7 arrobas (unos 7,7 kilos, aproximadamente).*

• Certificado de garantía:

Este producto está fabricado con materiales de gran calidad y resistencia, siguiendo las más estrictas normas de seguridad. Está garantizado durante 7 años ó 7x7 sesiones de pesca (49 sesiones, que ya sabes multiplicar).

• ***Normas de utilización:***

Para pescar tienes que elegir una noche estrellada, en un estanque tranquilo y de poca profundidad —el de casa es el mejor—, donde las aguas no se muevan, porque, si no, las estrellas se te podrían escapar.

Lanza la red con cuidado, suavemente, con tranquilidad y sin hacer ruido, para que las estrellas no se espanten, porque son bastante asustadizas. Y, sobre todo, no te acerques mucho a la orilla, no sea que te caigas al estanque. Aunque ya sé que nadas bien…

• ***Conservación y consumo de la pesca:***

Mételas en una bolsa de plástico, no transparente. Lo mejor es que sea de color negro, para que no pierdan su luz por el camino. Te puede valer una bolsa de basura, de las que usa mamá. Pero, ojo, las estrellas pescadas tienen fecha de caducidad: no pueden permanecer guardadas más de siete días. Tampoco debes meterlas en el frigorífico, porque pasarían mucho frío.

• ***Nota importante:***

No cojas las pequeñas, ésas hay que dejarlas crecer.

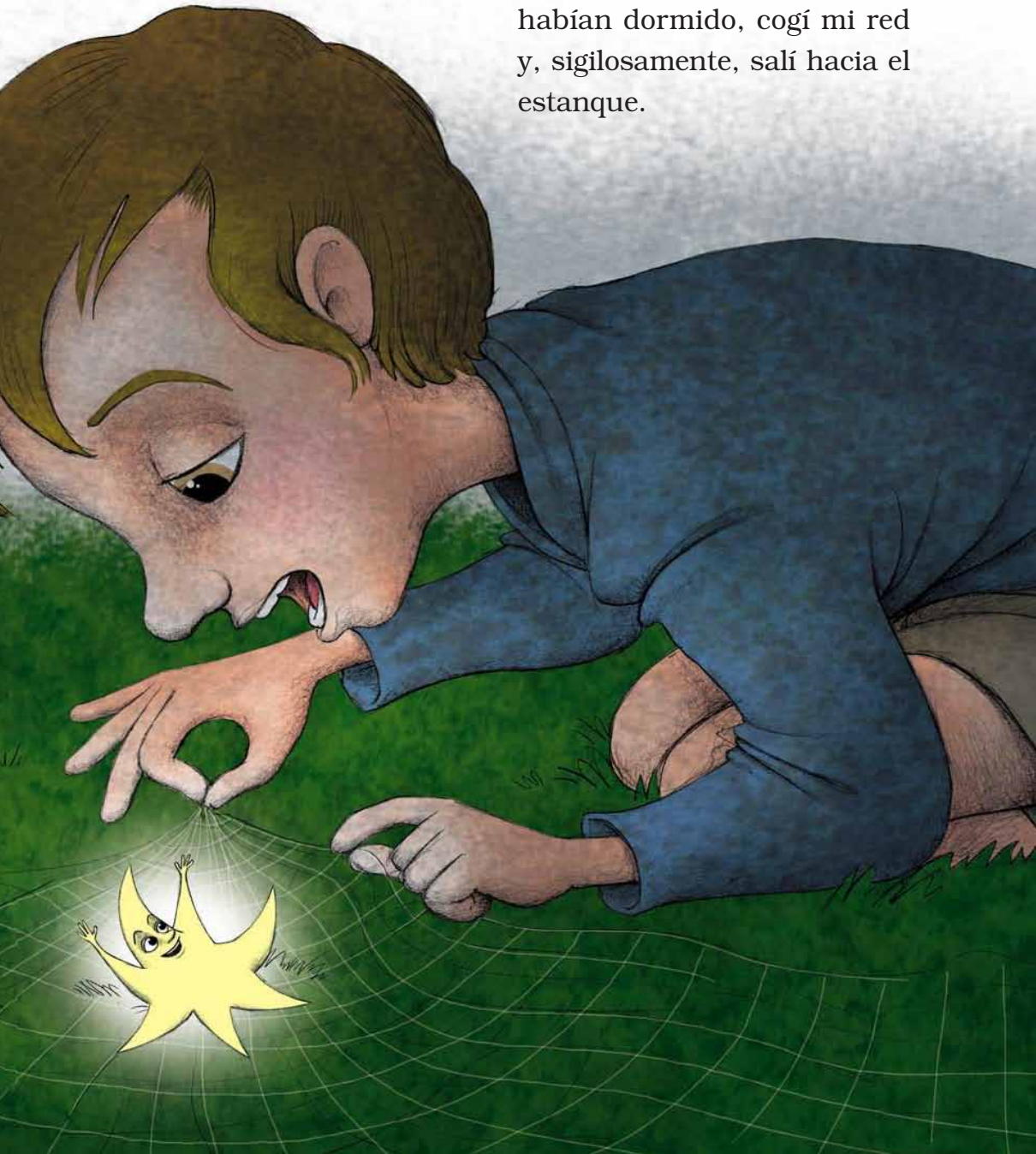
No debes enseñarlas a nadie, porque son muy vergonzosas y para los demás son invisibles.

Tampoco podrás venderlas bajo ningún concepto, pero sí regalarlas a las personas que más quieres, aun cuando no sean capaces de verlas.

El extraño manual terminaba con estas tres palabras escritas a mano, con la caligrafía más hermosa que se haya escrito nunca:

3 Hay que saber esperar

Estaba tan ilusionado con estrenar el regalo que, al poco tiempo de irme a la cama, cuando ya mi mamá, Elena, mi papá, Ángel, y mi hermana Caro se habían dormido, cogí mi red y, sigilosamente, salí hacia el estanque.



Me encanta ir allí, porque desde pequeño acompañaba al abuelo a ver los peces de colores y los nenúfares. A mí me cubre solo hasta las rodillas, porque ya soy grande. Papá dice que, más que estanque, es un "estanquillo", pero que así no hay peligro de que nos ahoguemos.

El "estanquillo" está en medio de nuestro jardín, rodeado de árboles frondosos. Tiene el agua muy clara, porque papá lo cuida mucho.

Llegué al estanque y me coloqué entre dos árboles, muy cerca del agua, aunque me aseguré de no asomarme demasiado porque no tenía intención de caerme y darme un chapuzón.

Miré al fondo de las aguas estrelladas, hinché mis pulmones, cogí aire y tiré mi red con cuidado, según las instrucciones del manual. Y esperé…

Y seguí esperando…

Nada. Pero nada de nada. Algunos peces se acercaban a la red y, nerviosos, se daban media vuelta y huían despavoridos. Un par de nenúfares de la orilla quisieron que los pescara, pero intenté esquivarlos, porque lo que yo quería era pescar estrellas.

Éstas ni se movían. Parecía que estaban dormidas. Permanecían quietas, como clavadas en las aguas. Ninguna se acercaba a mi red, por más que yo intentara moverla y removerla con habilidad.

Así pasé un rato, un poco desilusionado, creyendo que la red no era la adecuada o que yo no valía para pescar.

Al cabo de unos minutos, que se me hicieron muy largos, una diminuta estrella se acercó y quedó prendida. Más que prendida, se agarró con fuerza a uno de los nudos.

Tiré de mi red y la estrella cayó sobre la hierba de la

orilla. No debió de hacerse daño, porque me miró con cara risueña y me dijo:

— Buenas noches. ¿Has pescado mucho?

— Esto no es para mí, —le contesté, bastante triste—. Llevo aquí sin moverme no sé cuánto tiempo y esto es un desastre. Tú eres la primera, y tendré que lanzarte de nuevo al estanque, porque no me vales. No das la talla. ¿Por qué te has agarrado a mi red, si sabes que podías haberte escapado?

— Para decirte algo que debes saber.

— Preséntate al menos. Dime tu nombre.

— Yo no soy una estrella normal. Me llamo Estrella de la Paciencia. Desapareceré de tu vista cuando hayas entendido mi mensaje.

— ¿Y cuál es tu mensaje? —le pregunté, impaciente.

— Es muy sencillo de entender, aunque para la mayoría de las personas es muy difícil de realizar. Las cosas importantes no siempre se consiguen a la primera. A veces, no todo sale como queremos, y los buenos resultados se hacen esperar. Cuando tu abuelo sembraba lechugas en su huerto, ¿las tenía al día siguiente?

—Por supuesto que no —le contesté—. Tenía que regarlas, cuidarlas, mimarlas durante todos los días. Algunas, incluso, se le secaban. Nacían hierbas malas a su alrededor y él, con paciencia, tenía que ir arrancándolas con sus manos. Yo le ayudaba muchas veces.

—Bien hecho. Pero recuerda que él no desesperaba, y sabía que, al final, a su debido tiempo, tendría esas hermosas lechugas, que tanto te gustaban.

— Sí, ya sé que todo lleva su tiempo.

— Así es. Hay que tener paciencia y constancia. Hoy no vas a pescar nada.

— ¿Cómo que no? ¿No te he pescado a ti?

— No. Tú no me has pescado. Me he agarrado yo misma a tu red para decirte que debes seguir intentándolo. Quizá el segundo día, o quizá, quién sabe, al tercer intento, tengas más suerte. Quiero enseñarte que no puedes desanimarte al primer fracaso, porque de ellos puedes aprender. Deja ya de pescar. Hoy no es tu noche. Pero te aseguro que llegarás a convertirte en un gran pescador.

— Te has explicado de maravilla. Las cosas no se consiguen a la primera. ¿Oye, qué es eso de la constancia?

— Es no rendirse nunca y no desanimarse cuando algo sale mal. Porque lo importante no se consigue sin esfuerzo.

— De acuerdo. Quizá no he elegido la noche adecuada, o me he precipitado y no he sabido esperar el momento oportuno. Pero yo no me rindo a la primera.

— ¡Muy bien! El que se rinde puede conseguir poco. ¿Has comprendido?

— Perfectamente —le contesté—. ¡Ya soy mayor! ¡Mañana cumplo siete años!

— Entonces… ¡puedo volver tranquila al estanque! No olvides esto y transmítelo a todos los que puedas. La vida es esfuerzo, valentía, paciencia y mirar siempre hacia adelante, con esperanza.

— Como caer y levantarse, decía mi abuelo —le aclaré.

— ¡Exacto!

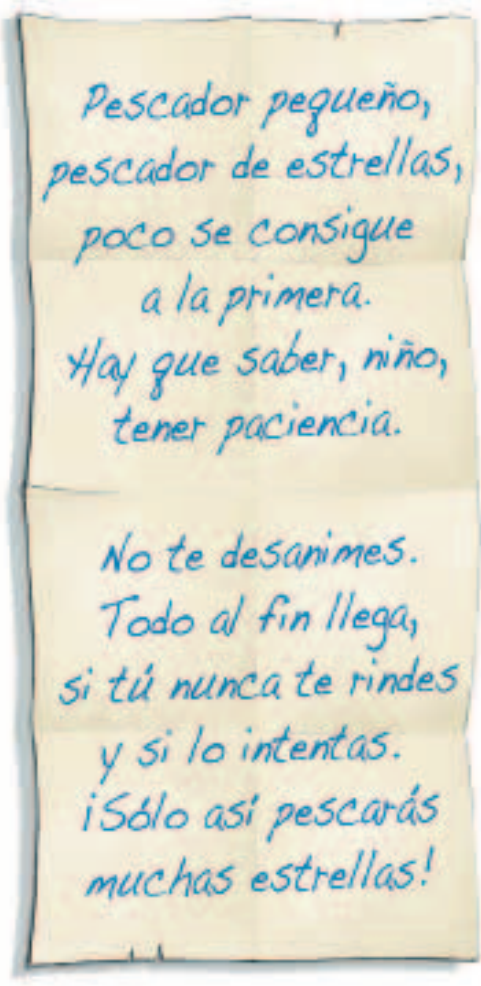
— Gracias, Estrella de la Paciencia. Seguiré tus enseñanzas.

— Adiós, Javier. No te olvidaré…

Mientras estaba hablando, se fue resbalando lentamente entre la hierba, se metió en el agua y sólo pude ver cómo se hundía y, poco a poco, desaparecía en el fondo del estanque.

Al volverme, junto a la hierba sobre la que había estado

la diminuta estrella, había un papelito enrollado. Lentamente, lo desenrollé. Apunté a él con mi pequeña linterna y leí el mensaje de mi amiga, ya dormida en el fondo de las tranquilas aguas:

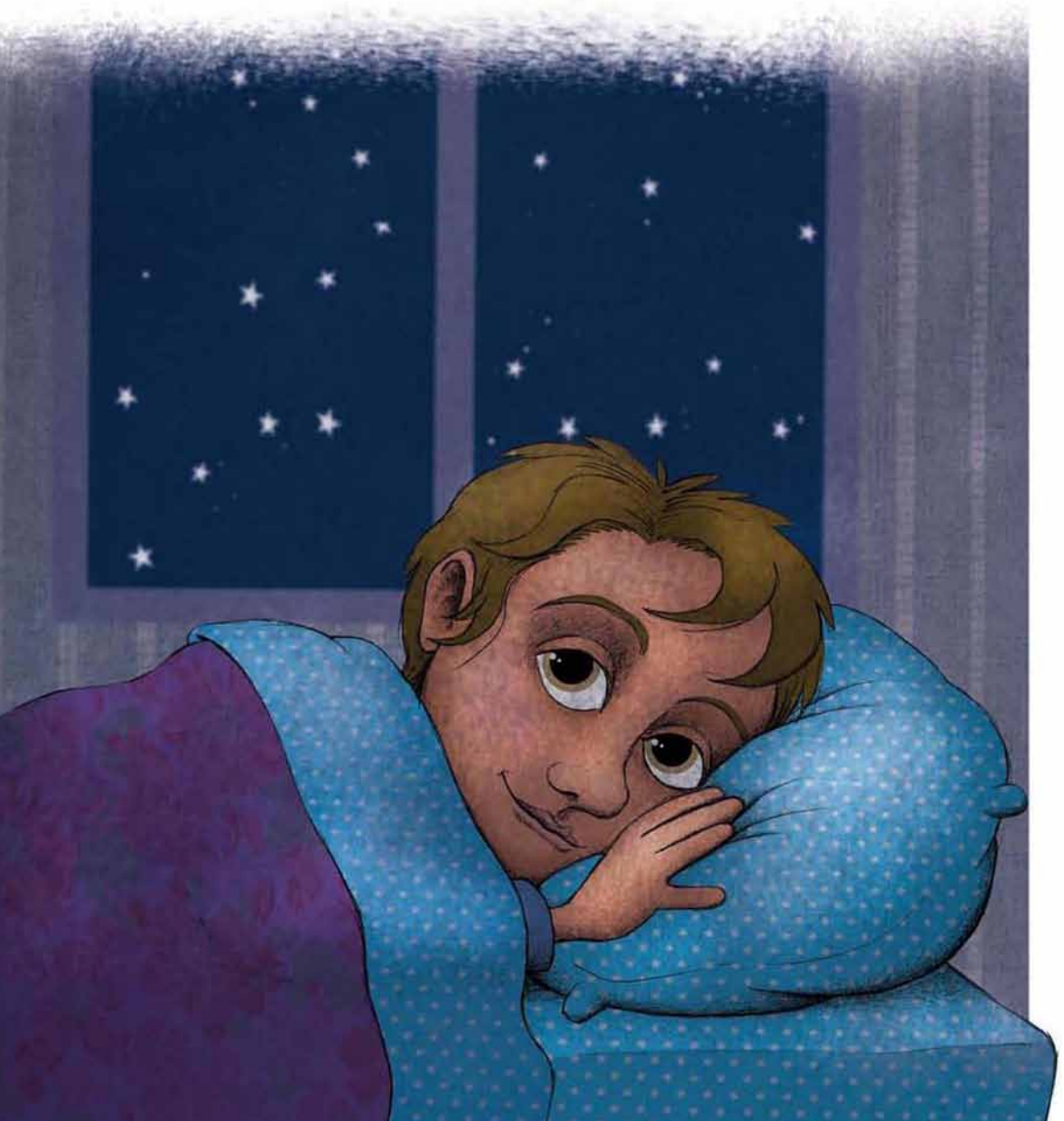


Pensando en lo que acababa de leer, doblé el papel, lo metí en el bolsillo trasero de mi pantalón, recogí la red y entré en casa, con la esperanza de que vendrían noches mejores y que pronto, muy pronto, iban a llegar.

Con esa ilusión, me quedé profundamente dormido.

4

El que la sigue, la consigue



Era noche estrellada. Impaciente, me metí en la cama, esperando el momento oportuno. Cuando toda la casa estaba en silencio, salí de mi cuarto a hurtadillas, como el primer día. Entré al salón, cogí mi red y, sin hacer ruido, me fui por la puerta trasera que daba al jardín. Al momento, estaba junto al estanque.

Miles de estrellas se bañaban en sus aguas. Busqué un sitio tranquilo, junto a un árbol, más alejado que el primer día. Lancé la red como aconsejaba el manual.

Después de un largo rato de espera, estuve a punto de abandonar. Las estrellas se movían, entraban y salían, pero la red permanecía vacía. Parecía que estaban jugueteando conmigo.

Tal vez tampoco pescaría nada esa noche. Entonces me acordé de los consejos del día anterior...

Tenía que ser constante. Así que seguí moviendo mi red con mimo, como arrullando a las estrellas. Quizá —seguí pensando— tampoco hoy era la noche adecuada.

Cuando menos me lo esperaba, con mirada perpleja, vi que... ¡Las primeras estrellas estaban entrando en la red! Algunas se escapaban, porque eran pequeñas —menos de 7 centímetros— y se escurrían en los espacios entre los nudos.

Poco a poco, sentí que la red iba pesando cada vez más. Entonces até su cuerda al árbol, para que no se me fuera a la otra orilla. Noté que un intenso brillo intermitente iluminaba mágicamente el fondo del estanque. Comencé a tirar, fui acercándola y la saqué fuera del agua.

La dejé sobre la pradera, junto al árbol. Respiré hondo y me puse a contemplar mi pesca. Empecé a contarlas.

— Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis... ¡y siete!

¡Había pescado siete hermosas estrellas! ¡Siete increíbles, brillantes y relucientes estrellas!

Las metí en la bolsa negra de llevar estrellas, para que no perdieran brillo, como decía el manual.

Al meter la última, me di cuenta de que ya no cabía. Entonces intenté apretarlas un poco y, sin querer, me pinché con una de sus puntas. La yema de mi dedo corazón empezó a sangrar abundantemente. Sin una sola queja —yo, que siempre había sido un quejica—, como si el dedo no fuera mío, saqué el pañuelo y rodeé el dedo con él.

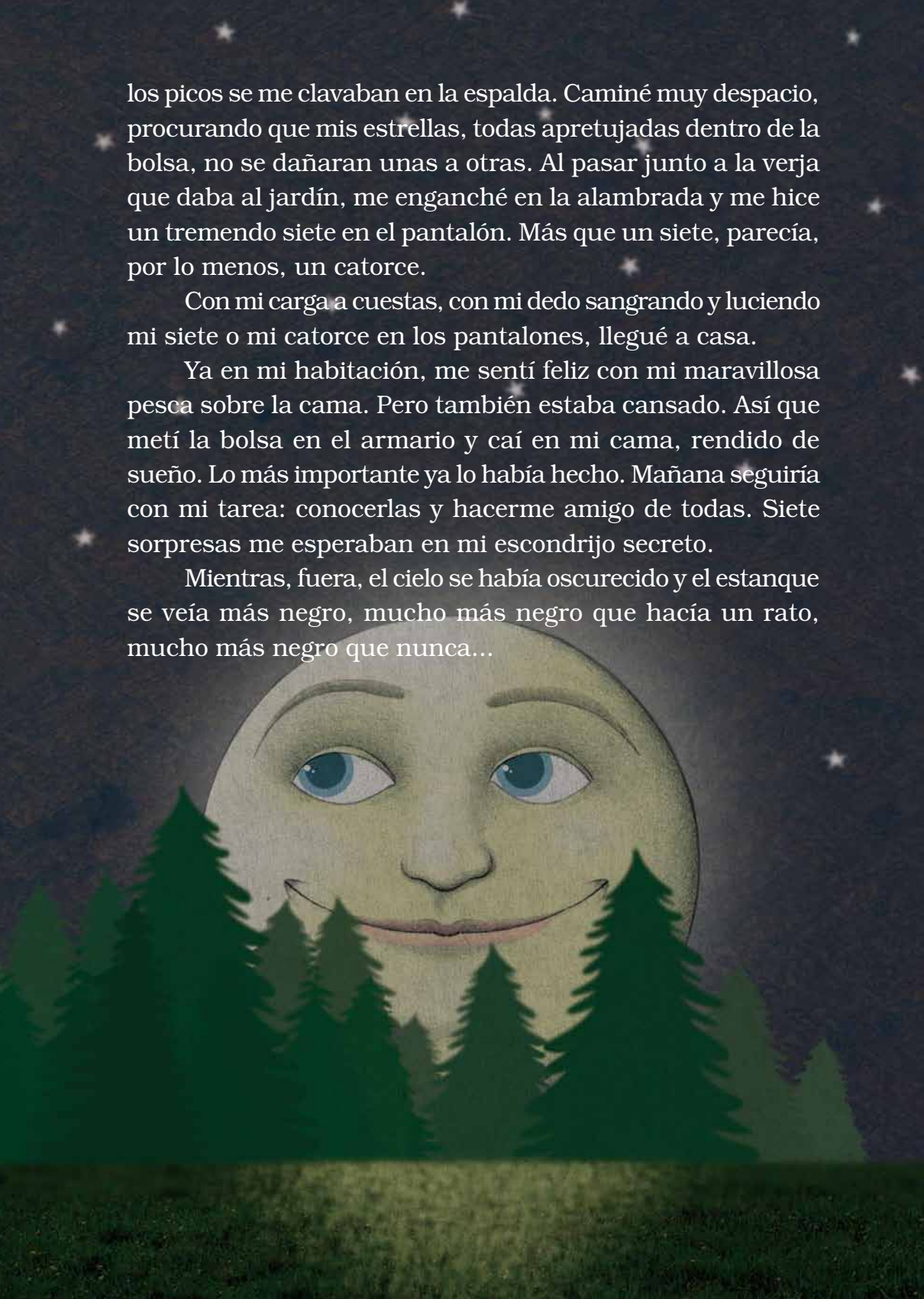
Como si nada hubiera pasado, me eché la bolsa a cuestas. No pesaba mucho, pero molestaba bastante porque

los picos se me clavaban en la espalda. Caminé muy despacio, procurando que mis estrellas, todas apretujadas dentro de la bolsa, no se dañaran unas a otras. Al pasar junto a la verja que daba al jardín, me enganché en la alambrada y me hice un tremendo siete en el pantalón. Más que un siete, parecía, por lo menos, un catorce.

Con mi carga a cuestas, con mi dedo sangrando y luciendo mi siete o mi catorce en los pantalones, llegué a casa.

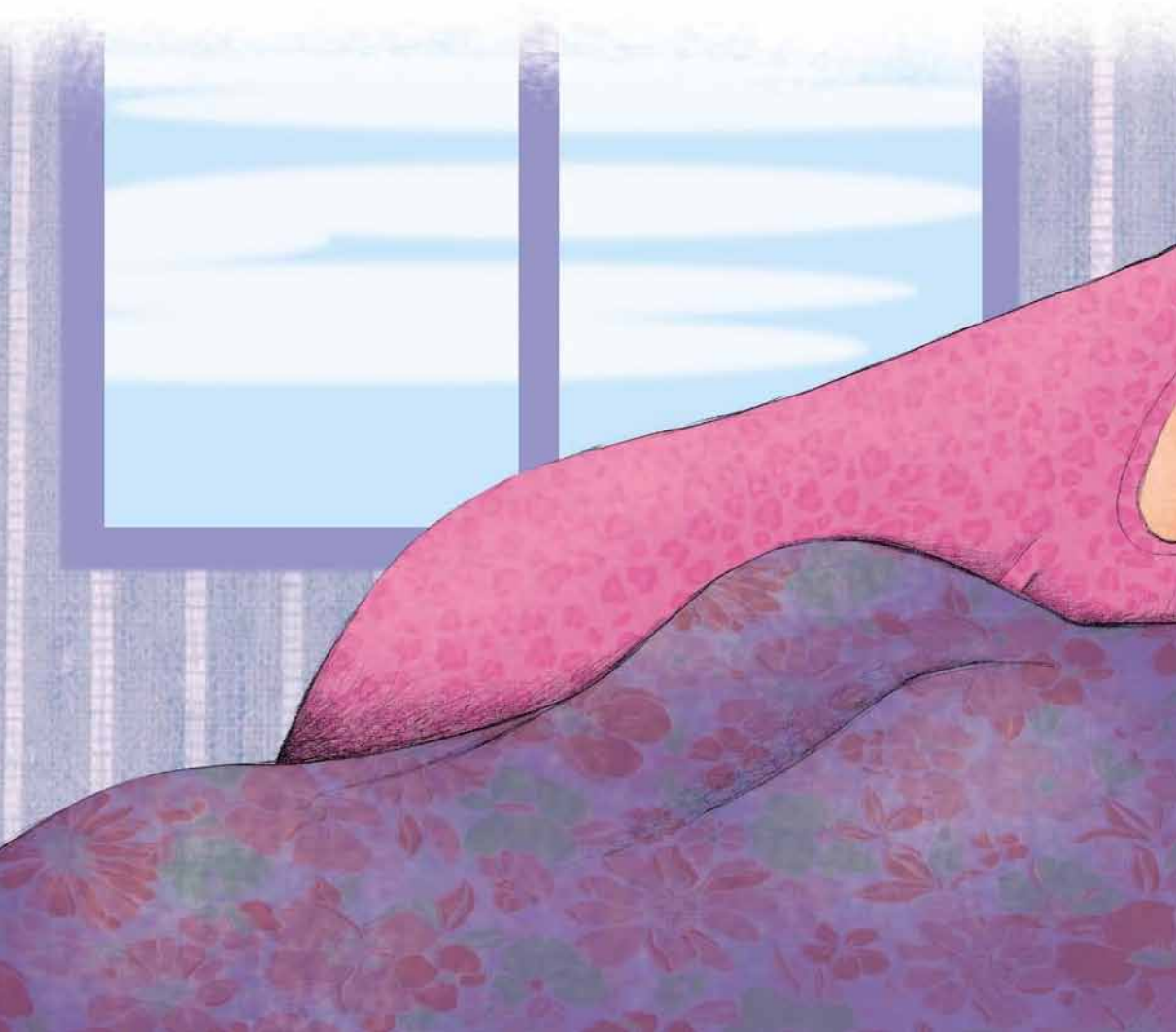
Ya en mi habitación, me sentí feliz con mi maravillosa pesca sobre la cama. Pero también estaba cansado. Así que metí la bolsa en el armario y caí en mi cama, rendido de sueño. Lo más importante ya lo había hecho. Mañana seguiría con mi tarea: conocerlas y hacerme amigo de todas. Siete sorpresas me esperaban en mi escondrijo secreto.

Mientras, fuera, el cielo se había oscurecido y el estanque se veía más negro, mucho más negro que hacía un rato, mucho más negro que nunca...



5

Un amanecer distinto



Mamá se acercó a mi cama, inclinó su cabeza, me dio un sonoro beso que casi asusta a mis amigas y me dijo, con cara de sorpresa:

— ¿Has dormido bien, mi cielo? Ha sido una noche rara. Estaba muy estrellada y, de pronto, se han apagado todas las estrellas.

Yo entonces pensé en ellas, en mi increíble noche de pesca, cuando mi madre me volvió a la realidad:

— ¡Hala, cariño, que tienes que ir al colegio! ¡Date prisa!

Se dio la vuelta y, con cara de susto, exclamó:

— Oye, ¿qué hace en la mesilla tu pañuelo lleno de sangre? ¿Qué te ha pasado?

— Nada, mamá..., me... me... me he pinchado con una estrella.

— ¿Es que te ha vuelto a sangrar la nariz?

Yo, que no sé mentir, sólo pude repetir la verdad:

— Ya te lo he dicho, mamá. Me... me... me he pinchado con una estrella.

No sé si mamá me creyó. Pero dijo, sonriente:

— Pues ten más cuidado...

Y después, moviendo la cabeza, se dio media vuelta y sólo pude escucharle:

— ¡Ay, mi niño, mi niño, qué cosas tiene...!

Cuando parecía que se iba, se volvió de nuevo:

— Me olvidaba. Ponte otros pantalones. Estos están ya para lavar.

Entonces os imagináis lo que ocurrió. Se agachó, echó mano a mis pantalones y luego echó mano a la cabeza.

— ¿Has visto cómo están tus pantalones? ¿Pero... dónde te has hecho este siete?

Yo seguí diciendo la verdad:

— Me enganché con un alambre cuando venía de pescar estrellas.

Parece que me creyó, porque se fue sonriendo.

Así que me vestí, recogí mi cartera, desayuné sin abrir la boca —quiero decir que no hablé, pero la boca tuve que abrirla para tomar la leche—, besé a mamá, le di la mano a mi hermana y salimos los dos, como cada día, camino del colegio.

El día más largo

El primer día después de mi pesca transcurrió con normalidad. No pasó nada destacable que contar. Lo único que os puedo decir es que ese día se me hizo muy largo, interminable. Sólo tenía ganas de que llegara la noche para ir a mi habitación. Ése sería el momento de empezar a conocer a mis nuevas compañeras de sueños.

No hace falta que os diga que no conté a nadie lo que me había pasado. Me hubieran tomado por loco, por chulo, o por cualquier otra cosa parecida. Lo que está claro es que no me habrían creído. Pero el dedo me dolía. Eso sí, resistí el dolor sin decir nada. Soy muy valiente.

Pero todo pasa y todo llega, como dice a veces papá, cuando espera algo. Y el momento llegó.

Cené deprisa, me despedí de todos y me fui a mi cuarto. Cerré la puerta y me dirigí al armario. Antes de abrirlo, no me resistí y pregunté bajito:

— Hola, ¿estáis ahí?

Dentro, se oyó un sí muy suave, un sí a siete voces, que me produjo una enorme satisfacción, a la vez que curiosidad. Abrí la puerta y allí estaba mi bolsa negra. Metí nervioso la mano y volví a escuchar sus voces:

— Tranquilo, Javier. No queremos asustarte, sino ser tus amigas. No nos saques a todas a la vez. Es peligroso, te deslumbraríamos. Debes conocernos una a una, y una cada día. Así nos entenderás mejor y podremos contarte quiénes somos.

Aunque quería verlas y hablar con todas, seguí su consejo y saqué, cogida por uno de sus brazos, la primera estrella.

En ese instante, comenzaba una maravillosa aventura, la más extraordinaria que había vivido en mis primeros siete años, la más fascinante de las aventuras que se puedan contar…

7 La primera estrella

Apareció sonriente, muy sonriente. Estaba callada, pero no dejaba de sonreír.

Su presencia transmitía una inexplicable tranquilidad y una misteriosa alegría. Después de un breve momento contemplándola, rompí el silencio:

— Hola, ¿quién eres?

— Soy la Estrella de la Alegría. Todos me quieren tener, aunque pocos lo consiguen.

— ¿Siempre estás así, tan alegre y sonriente?

— Siempre. Algunos me llaman también la Estrella de la Sonrisa.

— ¿Y nunca estás triste?

— Nunca. Yo no puedo estar triste, Javier.

Me sorprendió que supiera mi nombre, si yo en ningún momento se lo había dicho.

— Me has caído bien. ¿Te gustan los niños? —le pregunté.

— Son mi debilidad. Lo que más. El corazón de un niño está casi siempre lleno de alegría. No ha visto todavía la cara triste de la vida.

— Creo que vamos a ser buenos amigos. ¿Dónde vives?

— Dentro de las personas. Pero no tengo un sitio fijo. Me cambio continuamente de domicilio. Mejor dicho, me cambian.

— Cuando te tienen, estarán encantados contigo. Todos te querrán, y no tendrás enemigos.

— Te equivocas. Tengo muchos enemigos. La Tristeza, la Pena…

No sé por qué, desde que comencé a conocerla, la alegría se iba apoderando de mí. Cada minuto estaba más contento, más optimista, mucho más risueño.

— Me siento muy a gusto contigo —le dije—. No dejaré que te vayas de mi lado.

— Sí, siempre me dicen lo mismo, pero cuando las cosas no salen bien, cuando algo se tuerce y no es como queremos, me dan una patada y me abandonan, me dejan tirada. Entonces llega la Tristeza, ocupa mi sitio y me desplaza.

— Yo nunca lo haré. Pero, dime, ¿qué tengo que hacer para conservarte?

— Es muy sencillo. Debes estar siempre contento, ver las cosas por el lado bueno y practicar la sonrisa.

— Pero a veces las cosas salen mal y no tienen nada bueno…

— Te equivocas. Todas las cosas tienen dos caras. ¿Me dejas una moneda?

Me sorprendió que la estrella me pidiera dinero. Quizá era para probar mi generosidad. Así que me dirigí hacia la mesilla, le di la vuelta a mi hucha y cayó un euro sobre la alfombra. Me agaché, lo cogí en mis manos y se lo tendí.

— ¿Para qué quieres ahora una moneda? ¿Es que vas a cobrarme tus servicios? —le pregunté, curioso.

Ella torció dos de sus puntas —es como sonríen las estrellas— y me dijo:

— No. Es para que lo entiendas mejor. A veces hay que explicar las cosas con ejemplos. ¿Ves la moneda? Dale la vuelta. Tiene dos caras, ¿verdad? Pues lo mismo las cosas y la vida podemos verlas por una cara o por la otra. Todas las cosas pueden tener una cara buena y otra menos buena. ¿Lo entiendes?

Asentí con la cabeza.

Ella siguió:

— Pero no basta con que me conserves en secreto. Debes hacerme llegar a más personas. Piensa en alguien que conozcas y me eche de menos. Alguien que esté triste y le venga bien un poquito de alegría.

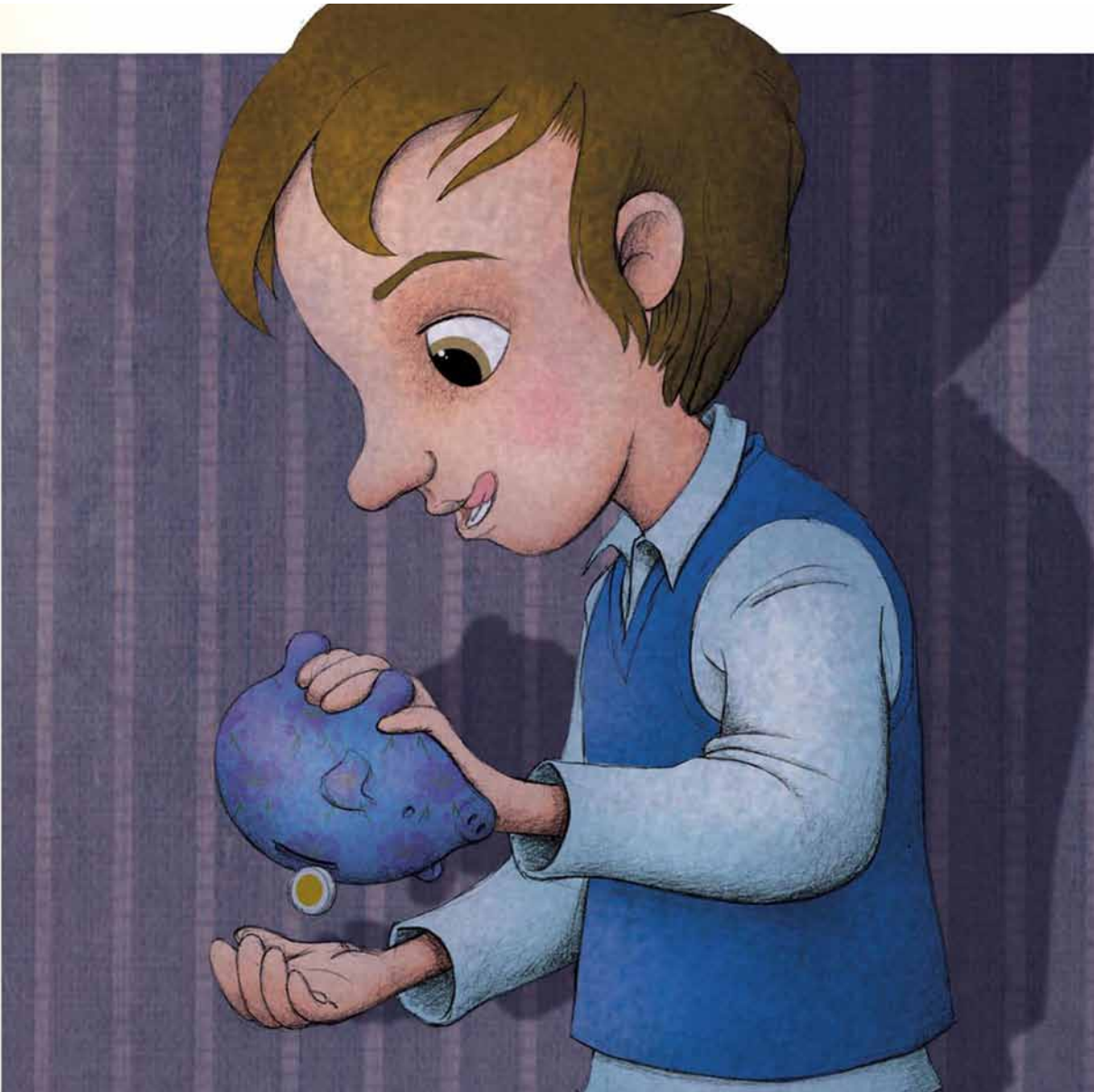
— ¿Y que necesite una sonrisa?

— Exacto.

— ¡Lo tengo! Mi compañero Iván. No sé cómo es su sonrisa. Es un niño solitario, no juega con nadie, se le ve siempre triste y cabizbajo…

— Perfecto. Tienes que llevarme hacia él. Quiero estar a su lado. Me necesita.

— Pero… ¿cómo podré llevarte?



— Yo viajaré en tu corazón. Acércate y juega con él. Quizás esté triste porque no tiene amigos.

— ¿Y por qué yo? ¿No puedes ir tú misma?

— Iré, pero contigo. Ten en cuenta que nadie puede vernos. Sólo tú puedes contemplar nuestro cuerpo. Recuerda que para los demás somos invisibles. Ya verás qué fácil. Sólo con hablarle y hacerte su amigo, yo apareceré por allí.

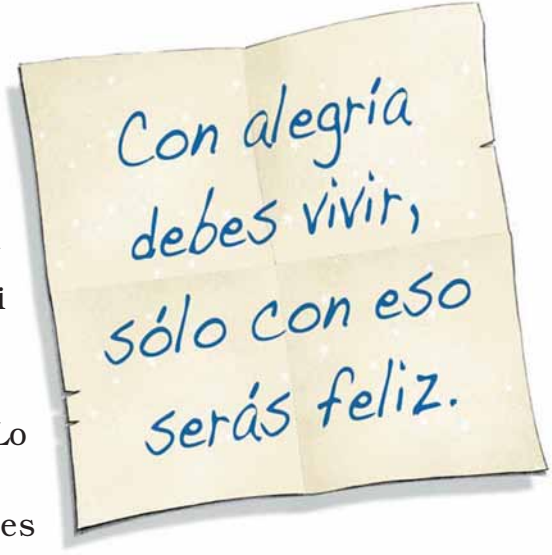
— ¿Y le hablo de ti, Alegría?

— No es necesario. Aunque no le cuentes nada, él sentirá mi presencia. Y poco a poco se le iluminará su cara y dibujará en su rostro una sonrisa. ¿Puedo contar contigo?

— Por supuesto. Te llevaré por el mundo, te entregaré como si fueras el mejor de los regalos, te repartiré y te haré llegar a cuantos te necesiten.

— Fenomenal, Javier. Para que no me olvides, aquí te dejo mi tarjeta.

Como por arte de magia, sin saber de dónde había salido, me alargó un papelito del tamaño de una tarjeta de visita. En él se podían leer, en letras muy pequeñas, parecidas a las de mi abuelo, estas cuatro líneas:



— Comprendo tu mensaje. Lo pondré en práctica.

— Gracias, Javier. Felices sueños.

— Igualmente, Alegría. Que duermas bien. Perdona, que veles bien, no me acordaba de que tú duermes por el día.

Y así me quedé dormido, con la tarjeta entre los dedos, mientras la estrella torcía, alegremente, dos de sus puntas...

La estrella de los mimos

Aquel fue uno de los días más alegres que recuerdo. En el colegio, en casa, con Iván y hasta con mis primos todo fue alegría. Sentí cómo mi primera estrella estaba conmigo minuto a minuto, sin abandonarme ni un instante.

Durante la cena, papá no puso la tele. Estaba muy contento, no sé por qué. Mamá también estaba más alegre que otros días, igual que Caro. Parecía que la alegría se había instalado en mi casa y la había transformado. A lo mejor era que yo estaba contento y dicen que eso es contagioso…

Disfrutamos de la sobremesa. Les conté lo bien que lo había pasado en el *cole*. Estuvimos un buen rato riéndonos, felices y contentos, hasta que mamá cortó por lo sano:

— ¡Dios mío! ¡Las once! Cariño, debes irte a la cama.

Obedecí. Me lavé los dientes, les di un beso a todos, subí a mi cuarto y me fui de nuevo a mi escondrijo secreto. Busqué en la bolsa negra y al instante apareció mi segunda estrella.

Ésta era más grande que la primera. Llamaba la atención su piel totalmente roja, incandescente. Un color sangre intenso que al principio me dio algo de miedo.

Nada más sacarla, se me escapó de las manos y me rodeó el cuello con dos de sus brazos. Me dio un pequeño susto, pero pronto me di cuenta de que era inofensiva. Sus puntas no me hacían daño. Todo lo contrario. Apenas me repuse del susto, noté que lo que hacían era acariciarme.

— Hola. ¿Quién eres? — le pregunté.

— ¿No me has reconocido? Soy la Estrella del Cariño —me dijo, muy sonriente, mientras me dio un sonoro beso en mi mejilla.

— ¡Qué nombre más bonito! ¿Dónde vives?

— Vivo en el corazón de las personas. Todos me necesitan. Todos me llaman. Pero yo exijo algo a cambio. Poca cosa. Sólo quiero que me quieran. Si me quieren un poquito, yo multiplico ese cariño.

— ¿Y de qué te alimentas?

— De lo que soy, del cariño. Si un niño me quiere, estoy con él. Así que no dejes nunca de querer. No se puede vivir sin cariño.

— Pero, estrella mimosa, ¿el cariño no se gasta? —le pregunté, preocupado.

— Nunca. El misterio del cariño es muy difícil de comprender. Ni los mayores son capaces. Cuanto más cariño tienes, más cariño das. Y, cuanto más das, más recibes. ¿Cómo te lo explicaría yo? A ver, ¿sabes ya multiplicar?

— Sí, ya me he aprendido la tabla, aunque todavía no me sé muy bien la del siete.

La estrella puso cara de sorpresa y dijo:

— ¡El siete, precisamente el siete!

No entendí su extrañeza y la manía con el siete, mi número favorito, porque ya os he dicho que nací un 7 del 7

y que tengo 7 años. Pero seguí atento.

— Mira, Javier, — ¡otra que sabía mi nombre, y tampoco se lo había dicho!— , el cariño no se resta ni se gasta, sino que se multiplica. Dime, ¿tú me quieres?

— Todavía no he tenido tiempo, pero creo que algo sí —le dije, poco convencido—.

— Pues no olvides esto. Quiere. Reparte cariño. El cariño siempre es de ida y vuelta. Si repartes un poco, recibirás montones.

— Lo entiendo. ¿Y a quién tengo que querer?

— A todos. A tu mamá y a tu papá, a tu hermana, a tus amigos, a tus...

— Y a mi abuelo —la interrumpí.

— Claro, a tu abuelo también, aunque esté lejos.

— Qué bien, tú sólo me hablas de cariño, y no me mandas ninguna misión.

— Sí. Te mando la misión más importante. ¿No lo entiendes?

— ¿Cuál?

— Querer. Querer sin pedir nada. Querer... porque sí. Si consigues eso, me tendrás siempre contigo.

— ¿Y cómo se aprende a querer?

— Es fácil. Sólo hay que intentarlo y, casi sin querer, irás aprendiendo a querer.

— ¡Qué bien hablas! ¡Lo conseguiré!

— Además, es fantástico. Es bonito sentirse querido, pero querer tú... es todavía más fascinante.

— Es verdad. Se siente dentro como un cosquilleo...

— Como un globo –me interrumpió— que se te va hinchando y parece que va a explotar. Como un osito de peluche gigante que te rodea con sus brazos. Como...

— Me caes simpática, ¿sabes? Noto que ya empiezo a quererte más.

— ¿Lo ves? ¡Sólo hay que intentarlo! De lo demás me encargo yo. Tenme siempre contigo, y mi resplandor comenzará a relucir en tu familia, en tus amigos y en todas las personas que te quieren.

Mientras estaba hablando, me alargó dos de sus puntas, unidas en forma de pinza. De ellas sobresalía un papelito blanco, que me acercó con una ligera inclinación:

— Toma. Mi tarjeta. Para que nunca olvides lo que te he dicho y lo pongas en práctica.

Era parecida a la primera, y la letra, no había duda, estaba escrita por la misma persona. Sólo tenía, como la otra, cuatro pequeños versos:

Aún no había terminado de leerla, cuando la puerta de mi cuarto se abrió. Me llevé un buen susto, pero recordé que mis compañeras eran invisibles para los demás.

Por si acaso, guardé la tarjeta debajo de la almohada y disimulé como pude al ver entrar a mamá. Como ya era un hombrecito, no ocurría todos los días, pero esa noche...

— ¿Aún no te has dormido, cielito mío?

— No, mamá. He estado con una estrella que te conoce. ¿Tú has visto la Estrella del Cariño?

— ¿Qué dices, hijo?

— Nada. Cosas mías, mamá. Que te quiero mucho.

— Y yo a ti también.

Y me dormí dando las gracias a mi nueva amiga, que torcía con gracia dos de sus brazos...

Bello tesoro
tu tiempo es.
Ni un solo instante
debes perder."

9

La estrella de los jóvenes

Mi segunda amiga tampoco me abandonó. Fue un día maravilloso. Noté cómo me querían todos. Quizá porque yo me dediqué durante todo el día a querer a los demás. Comprendí que ella tenía razón y, cuanto más quería a los demás, más me querían a mí. Aunque seguía sin saber la tabla del siete, percibía que el cariño se multiplicaba a mi alrededor.

Después de cenar y despedirme de mis tres personas más queridas, subí a mi habitación y fui de nuevo al armario. Metí la mano en la bolsa negra y saqué la tercera estrella.

Ante mis ojos apareció la más grande de todas. Su cuerpo era similar al de las otras dos, pero sus puntas eran largas, muy largas, tremendamente largas. Más largas que mis brazos, y eso que yo no soy pequeño y me dicen que llegaré a estrella de baloncesto.

Muy pronto —ya tenía mucha práctica en esto de saludarlas— rompí el hielo, que es una forma de decir que abrí la conversación.

— Hola, ¿quién eres?

— Soy la Estrella del Tiempo. Me llaman también Estrella de la Juventud.

— ¿Dónde vives?

— Vivo en todas las personas que me quieren hacer un sitio, aunque de dos formas distintas.

— ¿Cómo dices? No te entiendo.

— Mira, Javier — también ésta sabía mi nombre—. Aparentemente, estoy en todos los niños y jóvenes, pero también estoy en las personas mayores, aunque crean que no me tienen. No le falto a nadie y nadie carece de mí, pero pocos me aprecian. Sólo me valoran cuando piensan que no estoy con ellos.

— ¿Así que estás en todos? ¡Qué suerte tienes! La Estrella de la Alegría es menos conocida, dice que está en pocas personas.

— No creas que soy tan afortunada. Sí, estoy en todos, aunque, poco a poco, algunos me van apagando.

— Dime cuál es el secreto para retenerte. ¡Quiero que estés siempre conmigo!

— No hay ningún secreto para retenerme. Basta con sentirse joven, con ver las cosas con ojos jóvenes. He venido para decirte que me disfrutes.

— ¿Cómo?

— Aprovechando el tiempo. Aprovecha cada hora, cada minuto, cada segundo de tu vida. Disfruta cuando estés jugando, cuando te toque hacer los deberes, cuando estés con tus papás, con tu hermana y con todas las personas que te quieren, que son muchas. Y pásalo lo mejor posible con tus amigos... y hasta en tus ratillos aburridos, que alguno tendrás. Pero, sobre todo, no olvides que hay cosas que tienes que hacer ahora y no puedes dejar para mañana. El tiempo de hoy, los minutos y los segundos de hoy no van a

volver nunca. Y es muy triste que cuando se vayan los eches de menos.

— No entiendo lo que dices.

— Hay cosas que hoy no entiendes y que sólo entenderás con los años, con el paso del tiempo. Pero confía en mí. Pon en práctica mis consejos. De momento, es la hora de acostarte. Tienes que ir despejado al colegio. Así que... a la cama. Y prométeme que mañana disfrutarás de todos tus momentos... y los aprovecharás.

— Te lo prometo...

Mientras tenía mi promesa en la boca, no sé cómo, apareció ante mis ojos un papelito blanco.

— Toma. Te dejo mi tarjeta de presentación. No la pierdas.

Era similar a las otras dos y estaba escrita con una letra hermosa, muy conocida ya para mí. Cuatro pequeños versos la adornaban:

Casi no tuve tiempo de leerla. Noté que mis ojos se iban cerrando... Tan sólo pude ver a mi tercera estrella que, muy risueña, mecía lentamente dos de sus puntas, mientras los relojes que adornaban su cuerpo emitían un armonioso "tic-tac" que me dejó profundamente dormido...

La estrella que sabía demasiado

El día había pasado más rápido que nunca. Las horas se me hicieron pequeñas. Disfruté todos y cada uno de los momentos y los aproveché al máximo. Jugué intensamente, hice los deberes con ganas y ese día me pareció el más corto del año. Sentí claramente que mi tercera amiga estaba conmigo y no me abandonaba.

Durante la cena, hablamos mucho y el tiempo se me pasó volando. Fue tan rápido, que no me di cuenta de que ya era la hora de acostarse.

Así que, como cada noche, fui de nuevo a mi escondrijo secreto, que para vosotros ya no es tan secreto. Busqué en mi bolsa y saqué la cuarta estrella.

Ante mis ojos apareció la más rara de todas. Cuando la miré, sinceramente, no me gustó. Era amarillenta, con tonos grises, y estaba llena de manchitas por todo su cuerpo. Me acerqué a ella con cuidado y comprobé que las tales manchas eran, no os lo podréis creer, eran... letras. Letras que estaban muy bien escritas, con una caligrafía que ya me gustaría a mí tener.

Me distraje un momento en combinarlas y adiviné que formaban palabras. Seguí varias palabras a lo largo de una de sus puntas y comprobé que formaban frases con sentido. Pude leer algunas: "Érase una vez…", "En un lugar de la Mancha…", "Había una vez…", "En tiempos de Maricastaña…", "Cuando las ranas tenían pelo…". Estaba enfrascado en este nuevo entretenimiento, descifrando aquellos signos como si fueran mensajes secretos, cuando una voz ronca, muy potente, me asustó:

— ¿A que no *saaabes* quién soy? —se oyó, recalcando la palabra *saaabes* y pronunciándola con eco.

— No lo sé. ¿Quién eres, estrella número cuatro?

— Lo vas a saber ahora mismo. Soy la Estrella de la Sabiduría.

— ¿De la Sabiduría? ¿Y dónde vives? Me gustaría *sabeeerlo* —le pregunté, recalcando también el *sabeeerlo*.

— Me encanta que quieras saber cosas. Vivo más arriba del corazón de las personas. Adoro los lugares elevados. Vivo en la cabeza.

— ¿En qué lugar de la cabeza?

— Sigues queriendo saber mucho, y eso me gusta. Vivo en el cerebro.

— ¿En todos?

— No, sólo en algunos, porque muchos no me quieren. Me detestan. Dicen que no valgo para nada, que pinto poco…

— ¿Y es verdad? ¿No sabes pintar? A mí me encanta.

— No es eso, Javier. —¡Otra que sabía mi nombre, aunque en ésta no me extrañaba, porque era la de la Sabiduría—. Quieren decir que no soy importante. Pero te aseguro que no saben lo que dicen. Yo, la Sabiduría, soy un tesoro más valioso que el dinero.

— ¿Estás segura?

— Completamente. ¿Sabes qué es lo más valioso de tu cuarto?

— Mi hucha.

— Estás confundido. Hay algo que vale mucho más que todo el dinero que tienes en la hucha.

— ¿Y tú qué sabes cuánto dinero tengo, sabihonda?

— Yo lo sé todo. Ya te he dicho que soy la Estrella de la Sabiduría. Pero no me desvíes la conversación. Te preguntaba que qué era lo más valioso de tu cuarto. Después de ti, claro.

— ¡Uf! —dudé un instante—. ¡Mi colcha! Dice mamá que es única, y que le costó un dineral, que no tengo que mancharla.

— ¡Tampoco!

— ¡La tele! ¡El balón de reglamento!

— ¡Frío, frío!

— ¡La consola de videojuegos!

— ¡Friísimo!

— Ya lo sé... ¡El ordenador! Dice papá que, sin contar la impresora, vale "una pasta gansa", y eso debe de ser una barbaridad.

— ¡Te estás helando! Hay algo que vale mucho más que tu hucha, tu colcha, la tele, el balón y la consola y más que el ordenador, con impresora y todo.

— Dímelo ya, que quiero saberlo.

— ¡Tus libros!

— ¡No me digas! —le contesté, incrédulo.

— ¡Sí te digo! Vale bastante más cualquier libro, porque es un tesoro que te transporta a muchos mundos.

— Vale, vale —asentí—. Oye, y tú ¿de qué te alimentas?

— Está clarísimo. De la lectura. Me gusta mucho leer. Leyendo, siempre se aprende algo. Un libro es un amigo, un compañero que te convierte en conductor de autobús, piloto de avión, capitán de barco... Te lleva de viaje, te invita a ir de vacaciones, te enseña nuevos mundos, te mete en fascinantes aventuras, te presenta nuevos amigos... y te enseña muchas cosas.

— Así que, si leo, ¿tú estarás conmigo, y aprenderé y me divertiré?

— ¡Exacto! Si lees un poco cada día, jamás te abandonaré.

— ¿No me mandas nada más? Parecía difícil, pero ¡este es el encargo más fácil! ¡Me gusta mucho leer!

— No, no creas que es tan fácil la tarea. Muchos niños como tú no leen y dicen que no les gusta. No encuentran tiempo. Sólo ven la tele, ven la tele y ven la tele...

— Pues ellos se lo pierden. Les contaré tu historia y la de tus compañeras, y los convenceré.

— No te van a creer. Dirán que es un sueño.

— Les enseñaré mi red. Todavía no la he lavado, y algunos nudos tienen hilos de estrella.

— Dirán que los has puesto tú.

— Me creerán. Desde que os pesqué, me suceden cosas rarísimas. Todos mis conocidos me quieren, me escuchan con la boca abierta. Yo creo que me habéis dado una fuerza especial, un algo misterioso que me hace ser distinto.

— No. Es la fuerza que tú ya tenías. Nosotras sólo hemos tirado de ella hacia fuera. Tú ya tenías cariño y dulzura, eras un niño muy alegre, poseías el tesoro de la juventud... Y con todo eso se puede conquistar el mundo. Pero lo guardabas como en el fondo de un pozo, como una moneda dentro de

la hucha. Nosotras sólo lo hemos sacado afuera…

— ¿Todo eso tenía yo? ¿Seguro? —le pregunté, no muy convencido .

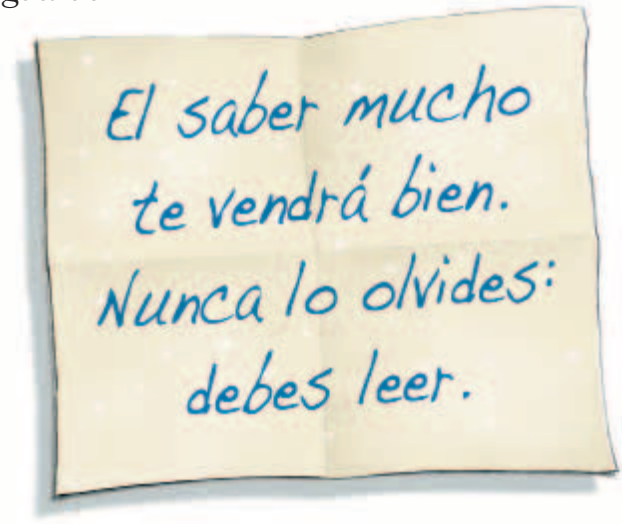
— Claro. Pero debes seguir leyendo para descubrir los caminos de la sabiduría. No pierdas nunca esa bonita afición.

En ese instante, me alargó un papelito blanco. Ni sé de dónde lo sacó ni me importa, y a vosotros creo que tampoco. Pero esta vez me adelanté:

— Ya sé lo que es. Tu tarjeta de visita.

— Muy bien. Has acertado. Guárdala, y no te olvides nunca de lo que pone.

No me resistí. Parecía una copia de las otras tres. Lo único que variaba era lo que estaba escrito:



Asentí con la cabeza y me despedí. Miré para los libros colocados en mi estantería, guardé en uno de ellos la tarjeta y… me quedé dormido. Pero, antes, me pareció que uno me sonreía y los otros se balanceaban alegres sobre su estante.

Mientras, vi que la estrella los despedía, diciéndoles adiós con una de sus puntas.

Entonces la ventana de mi cuarto abrió sus brazos transparentes y mi amiga, acariciando sus cristales, se fue volando hacia el cielo…

La estrella que no se veía

El cuarto día pasé casi toda la tarde en la biblioteca. Fui con mamá, que tenía que consultar unos libros de cocina. No entiendo su interés, porque mamá prepara los mejores platos del mundo y se lo sabe todo.

Yo me entretuve con un libro que me estaba entusiasmando. Se me pasó la tarde en un periquete y aprendí muchas cosas.

Después de cenar, mamá siguió leyendo. "A ver si lo termino hoy" —dijo—. Papá siguió con un libro gordo y muy famoso, algo así como El Quijote o no sé qué de un hidalgo. "Es una maravilla —dijo, entusiasmado—. Lo leerás cuando seas mayor, ahora todavía no lo entiendes". Mi hermana también leyó otro libro que tenía de deberes.

Por cuarta vez en cuatro días me di cuenta de que estaba cambiando mi casa.

— No hace falta que me acompañéis, seguid leyendo. Buenas noches —les dije, lanzándole un beso para los tres—. Y, dejándolos enfrascados en la lectura, subí a mi habitación.

Allí me encontré de nuevo frente a mi armario. Metí mi mano en la bolsa negra y…

¡Casi no la veo! La quinta estrella era la más pequeñita de todas. Cuando la cogí, se me escurrió entre los dedos. Tenía un color gris azulado, tenue, casi transparente. Parecía invisible, irreal, como si no estuviera. Pero su tacto era suave, muy suave.

Me dirigí a ella y le hice la misma pregunta que a sus compañeras, aunque esta vez tuve que acercarme a sus puntas y le susurré al oído, como si temiera dañarle sus tímpanos, aunque no sé si las estrellas tendrán tímpanos, porque orejas no tienen.

— Hola, ¿quién eres? —le pregunté bajito.

— Soy la Estrella de la Ilusión. ¿Puedes verme?

— Te veo mal. Eres transparente, casi invisible. Pareces…

— Una ilusión. Te he dicho que soy la Estrella de la Ilusión. Algunos me llaman también Estrella de los Sueños.

— ¿Dónde vives? —le pregunté, ilusionado.

— En los niños… y en las personas que siguen sintiéndose niños.

— Entonces estarás contenta. Tienes muchos sitios para vivir —le dije, convencido.

— No creas. Algunos piensan que me tienen, pero no me tienen a mí. Es mi enemiga, que se disfraza como yo. Es la ilusión del dinero, de las cosas materiales, de que te toque el gordo, de tener un coche, de acumular cosas, de poseer. Yo doy ilusiones mejores, de las de verdad y de las buenas. ¿Tú tienes ilusión, Javier?

— Sí, claro. —¡Otra que sabía mi nombre!

— Pues ésa soy yo —siguió explicando—. El momento en el que más luzco es la noche del 6 de enero.

— ¿Cuando llegan los Reyes Magos?

— Exacto. Esa noche estoy dentro de todos los niños del mundo.

— Pero... algunos dicen que no eres real, que eres sólo... una ilusión.

— Soy tan real como lo eres tú, o el monopatín que tienes debajo de la cama, o el cuaderno que has dejado encima de tu mesa. A lo largo de cuatro noches has conocido a mis cuatro compañeras. ¿Ellas eran reales?

— Sí. Una, sin querer, me pinchó. Otra dejó un cabello encima de mi cama. Otra...

— ¿Y yo? ¿Piensas que yo no soy real?

Miré para ella. Me costó trabajo adivinar dónde estaba. La del Cariño la había visto perfectamente, con su color rojo destacando encima de la colcha estampada que me había comprado mamá; la de la Alegría, con su intensa sonrisa, también; la del Tiempo, con sus largos brazos; la de la Sabiduría... Pero ésta...

Al fin me di cuenta de que algo se movía lentamente junto a la cabecera de la cama. Allí estaba, cómodamente tumbada en la hendidura que mi cabeza había dejado en la almohada.

— ¿Sigues pensando que no soy real?

— No, no es eso. Lo que pasa es que eres muy pequeña, y tu cuerpo es transparente. Las demás tenían colores fuertes, se veían mejor.

— Pues fíjate. Soy pequeña, sí. Caso invisible, tan transparente que parezco irreal. Pero soy también muy importante. Tanto, que, sin mí, no habrías pescado las otras seis.

— Sí, pero... ¡no eres real!

— ¿Cómo que no soy real? ¿No estás hablando conmigo? ¿Y no te has pinchado con una de nosotras al meternos en la bolsa cuando nos pescaste? Pues, para que te enteres, era mi punta.

— Pues me hiciste mucho daño.

— Perdóname. Era mi forma de darte a entender que existo de verdad.

— Pero...

— Apaga la luz —me interrumpió—. Prefiero hablar a oscuras. Me molesta la luz y me traspasa. No estoy hecha para ser iluminada, sino para dar luz.

— Si quieres, cierro también la ventana. Está el cielo muy estrellado y entra mucha claridad.

— No te preocupes. Esa luz no me molesta. Están tan lejos, que su resplandor no te hace daño ni siquiera a ti.

— ¿A cuánta distancia están?

— En el avión más rápido del mundo, no llegarías a ellas en toda tu vida.

— Pero tú, entonces, ¿cómo llegaste hasta aquí?

— ¿No lo recuerdas? Estaba en el estanque. Me pescaste tú.

— ¡Es verdad! Dime ¿cuántos años tienes?

— Pues tengo... ¡unos cuantos miles de años!

— ¡Uf, qué vieja! ¡Y sin ninguna arruga! — le dije—. A lo mejor es que no se te ven.

— Existo desde que hay mundo, desde el primer hombre, desde el primer niño.

— Bueno, Estrella de la Ilusión. Todas tus compañeras me han mandado un encargo, una misión secreta. Tú ¿qué quieres que haga?

— Nada especial. Que sigas teniendo ilusión. Que no te olvides de los Reyes Magos, mis amigos; ni del Ratoncito Pérez, ni...

— ¡Jamás me olvido de ellos! ¿No me mandas nada más? —seguí preguntándole.

Ella me sonrió y dijo:

— Que contagies la ilusión a los demás, porque es contagiosa. Ilusiónate sin miedo...

— Pues mira, tengo una: ¡ser amigo tuyo!

— ¡Eso es! Ahora ya no es ilusión. Es realidad. Ya somos amigos.

De repente, me alargó su tarjeta de visita, que tampoco sé de dónde la sacó.

— Léela. Y, sobre todo, ponla en práctica —me dijo.

Rápidamente le eché una ojeada. Era la misma letra, que me resultaba muy familiar. Tenía, como las demás, cuatro pequeños versos:

La guardé debajo de la almohada, en el mismo sitio que guardaba los dientes para el Ratoncito Pérez, volví la cara y sólo acerté a decir, casi sin saber a quién:

— Duérmete a mi lado, Ilusión. Ocupas tan poquito, que puedes acostarte en mi cama. Hay sitio para los dos. Pero no te muevas mucho, porque me has dicho que pinchas.

— Intentaré no moverme. Que duermas bien, Javier.

— Igualmente, mi querida Ilusión.

Ella no dijo nada. Pero noté en mi cara que, suavemente, muy suavemente, me acariciaban dos de sus puntas...

Una estrella muy perseguida

Fue un día perfecto. Por la mañana, después del recreo, se me cayó otro diente. Al llegar a casa, se lo di a mamá para que se lo hiciera llegar al Ratoncito Pérez. Me ilusionó más que los anteriores. Mi quinta estrella, Ilusión, estaba conmigo para siempre.

Durante la cena hablamos del Ratón y de los Reyes Magos. El misterio seguía cambiando aquella casa, aunque mi hermana, no sé por qué, no abrió la boca y no dijo "ni mu". Sólo me miraba y sonreía.

Después de cenar, me cepillé los dientes, como todas las noches. Di mis tres besos de costumbre, el primero a mamá, el segundo a papá y el tercero a Caro, que seguía sonriendo. Me giré como una peonza, di un salto y me fui a mi habitación.

Impaciente, antes de abrir el armario, miré debajo de la almohada. Allí estaba el paquete del Ratoncito. ¡Un libro! ¡El libro que le había pedido! ¡Qué sorpresa!

Lo dejé encima de la mesilla, me acerqué a mi bolsa secreta, metí mi mano en ella y saqué la sexta estrella.

Me llamó la atención su color blanco intenso. Era tan blanca que parecía hecha de nieve. Podría ser cualquiera de sus hermanas a las que les hubiera caído una gran nevada encima. Pero no, no era nieve. La toqué y estaba caliente, tan caliente como las anteriores, quizá más.

Algo distinto me llamó la atención en ésta. Era la más triste de todas. Me pareció que una lágrima brotaba de sus ojos y caía por sus mejillas.

— ¿Cómo te llamas?

— Estrella de la Paz —dijo entre gemidos.

— Bonito nombre. ¿Dónde vives? —seguí preguntándole.

— En menos sitios de los que quisiera. Me gustaría reinar en todos los lugares, en todos los países. Pero los hombres me destruyen… —siguió gimoteando.

— ¿Por qué eres tan perseguida? —le dije, casi llorando, y eso que yo pocas veces lloro.

— Me persiguen por odio, por ambición, por egoísmo. El hombre quiere dominar a los demás e imponerse. Por eso se hacen las guerras.

— ¿Así que no reinas en ningún sitio? —le pregunté.

— Lo intento, pero es difícil. Porque hay peleas, no solo entre países, sino entre personas. A mí me gusta que todos se lleven bien, que todos se respeten.

— ¿Y alguna vez fue así?

— Pocas. En el mundo y en las personas hay mucho egoísmo. Por eso estoy triste, muy triste. No sé qué me pasa, pero quizás me haya confundido de mundo. Desde hace miles de años, siempre estoy igual. No levanto cabeza.

— Te comprendo. ¿Puedo hacer algo por ti?

— Mucho. Más de lo que piensas.

— Yo no soy importante, no gobierno en ningún país.

— Te equivocas. Eres más valioso de lo que crees. Eres el rey de tu pequeño mundo y gobiernas en el corazón de muchas personas. Tu familia, tus amigos, tus compañeros…

— ¿Y qué puedo hacer en ese mundo tan pequeño?

— Transformarlo un poquito. Tú eres capaz. Empieza por desterrar las pequeñas discusiones que tienes en casa. Evita las guerras con todas las personas que están a tu alrededor y que te quieren… Basta de peleas en el patio, grescas con tus compañeros…

— ¿Cómo puedo evitarlo?

— Cede. No intentes imponer tu razón, aunque la tengas. Siempre es mejor un abrazo, un apretón de manos, una palabra pacífica, un silencio. Y olvídate de las imposiciones, las malas caras, las discusiones y, por supuesto, la fuerza. La fuerza nunca da la razón.

— Lo haré.

— Gracias. Sabía que tú y yo íbamos a llevarnos bien.

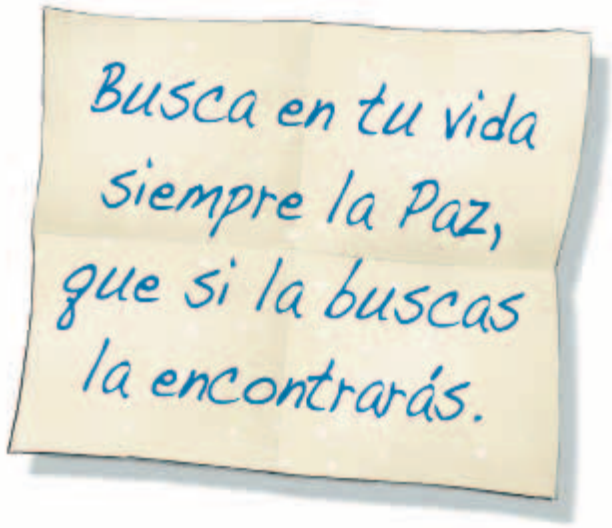
— ¿Por eso caíste en mi red? —le pregunté, intrigado.

— Por eso. Precisamente por eso —me respondió, satisfecha.

— Gracias de nuevo. Me está entrando el sueño. Y mañana tengo *cole*.

— Pues termino, Javier —también ésta sabía mi nombre—. Toma. Mi tarjeta —me dijo, alargándome un papelito parecido al que me habían dado antes sus compañeras.

Era, aparentemente, igual que los otros, pero lo que estaba escrito era distinto. Parecía como si las letras se fueran cambiando en la misma tarjeta, borrándose y apareciendo de nuevo. No pude resistir la tentación de leer en silencio:



— La buscaré. Pero contéstame a la última pregunta, la más importante: ¿Tú te irás, como las otras?

— No te preocupes, —me dijo, sonriente—. Aunque no nos veas, todas seguiremos estando contigo en tu corazón, mientras te acuerdes de nosotras. No nos olvides. Y procura poner en práctica todo lo que te hemos ido enseñando.

— De acuerdo. Siempre lo he hecho, pero, desde hoy, lo haré más. Que duermas bien, Estrella de la Paz. Que duermas... ¡en paz!

— Igualmente, pequeño.

Mientras se despedía noté cómo, por fin, su cara se iba volviendo alegre y dos de sus puntas comenzaban a retorcerse...

13

Mi última estrella

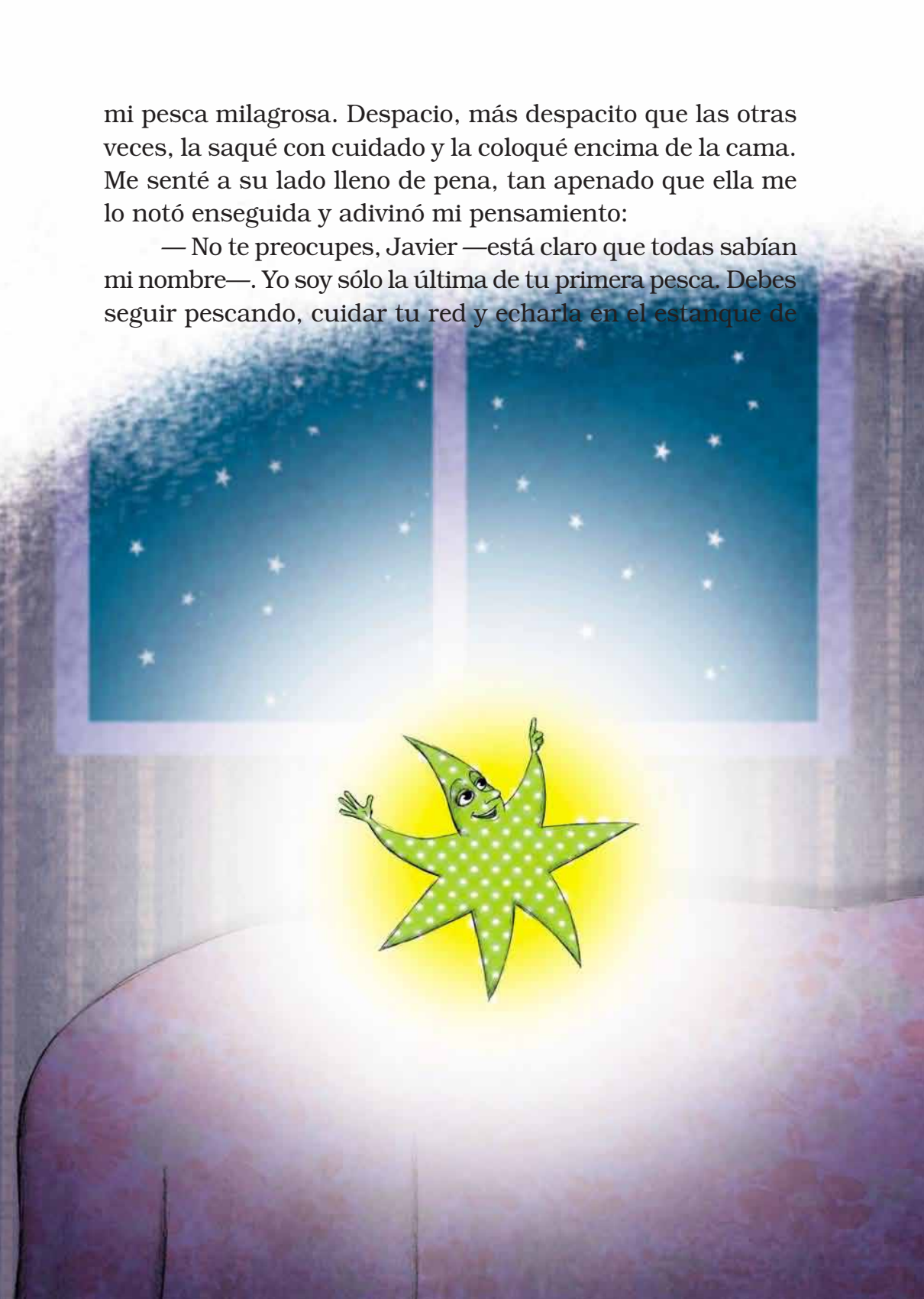
El día fue un remanso de paz, el más tranquilo que yo recuerdo. No discutí con nadie, ni siquiera con mi amigo Santi, al que siempre le llevaba la contraria —nos decían que éramos como el perro y el gato—. Tampoco con papá ni con mamá, aunque a veces tenían ideas... Ni con mi hermana. ¿Sería cosa de la Estrella de la Paz? No lo sé, pero lo que tengo claro es que... ¡no pienso discutirlo!

Por la noche, como las seis últimas, cuando todo estaba en silencio, me dirigí a mi tesoro secreto, que ya sabéis cuál es.

Esta vez me acerqué con pena, porque sabía que era la única estrella que quedaba en la bolsa, el último ejemplar de

mi pesca milagrosa. Despacio, más despacito que las otras veces, la saqué con cuidado y la coloqué encima de la cama. Me senté a su lado lleno de pena, tan apenado que ella me lo notó enseguida y adivinó mi pensamiento:

— No te preocupes, Javier —está claro que todas sabían mi nombre—. Yo soy sólo la última de tu primera pesca. Debes seguir pescando, cuidar tu red y echarla en el estanque de



vez en cuando. Te aseguro que seguirás cogiendo nuevas estrellas. Somos muchas. Y las hay tan importantes o más que nosotras siete.

—Yo no quiero pescar más. Os quiero a vosotras. Vosotras siete sois las únicas que existen para mí. Sois "mis" estrellas.

— Te equivocas. No puedes terminar así tu futuro de pescador. Nunca debes conformarte y tienes que seguir

luchando. A ti todavía te queda mucha pesca por delante. La Estrella de la Bondad, la de la Amistad, la de la Simpatía, la de la Familia, la de la Generosidad o la Estrella Solidaria… ¡fíjate si te quedan!

— O sea —le dije— que mi primera pesca no tiene valor.

— Claro que lo tiene, y mucho. Pero habrá otras oportunidades. Cuando tengas algún año más, pescarás la Estrella del Amor, conseguirás la del Trabajo y la de la Experiencia, que también son muy valiosas… Como te he dicho, hay cientos como nosotras. Cada noche, se reflejan en el estanque decenas, centenares…

— ¿Cuántas? —interrumpí.

— Muchas. Tú ya sabes contar, pero no intentes contarlas. Seguro que te saltas alguna o que a alguna la cuentas dos veces. Además, no olvides una cosa: No importa el número, sino la calidad. Y al final, esperándote en el estanque, encontrarás la que todas consideramos más importante y que todos buscan, aunque pocos la consigan.

— ¿Cuál? —le pregunté, interesado.

— Habrás oído hablar mucho de ella. Es la Estrella de la Felicidad.

— ¿Y podré pescarla? —le pregunté.

— Depende de ti. Esa no se logra fácilmente. Pero, si lo intentas y tienes abierto tu corazón en todo momento…

Esto me tranquilizó bastante. Así que decidí seguir siendo toda mi vida un pescador. Un pescador de estrellas.

— ¡Pero a vosotras no volveré a pescaros! —le dije, decepcionado.

— Nosotras no te abandonaremos nunca. Aunque no nos veas, seguiremos estando contigo, dentro de ti…

La magia de los recuerdos

La que me hablaba tan cerca era la estrella más luminosa de todas. Parecía que tenía dentro bombillas halógenas, de un blanco deslumbrante, distribuidas por sus siete brazos y su cuerpo de tonos verdes. Cuando salió de la bolsa, se iluminó toda la habitación. Emitía una luz cegadora, y fue la única a la que no pude mirar a los ojos. Cuando hablaba con ella, disimuladamente torcía mi cabeza y miraba hacia otro lado. Seguí hablando con ella sin prisa y ya sin la pena de ver que era la última.

— Todavía no te he preguntado cómo te llamas.

— Me llamo Estrella de los Recuerdos.

— ¡Qué nombre más bonito! ¿A qué te dedicas?

— A hacer magia.

— ¡Bien! ¡Me gusta la magia! ¡Por fin aprenderé a ser mago!

— Mi magia es distinta. No saco conejos de un sombrero, ni palomas de ningún pañuelo. Mi magia es sacar recuerdos. El recuerdo es la magia del tiempo. Algo que no tienes, puedes volver a vivirlo. Yo le doy vida otra vez.

— ¿Y de qué te alimentas?

— De recuerdos. Recuerdos que convierto en realidad.

Otra vez se me agolparon las preguntas:

— ¿A qué has venido? ¿Por qué te dejaste pescar? ¿Por qué caíste en mi red?

— He venido a traerte un mensaje: "Tu abuelo te quiere. Se alegra mucho de verte crecer, de ver que cada día sabes más y de que seas tan feliz".

— ¡Anda! Entonces, tú... ¿conoces a mi abuelo? —le pregunté, saltando de alegría.

— ¡Pues claro! Tu abuelo vive feliz en una estrella vecina mía. Al enterarse de que iba a bajar a la Tierra, me dijo: "*Vete, acuéstate en el estanque y no te muevas de allí hasta que mi nieto te pesque. Quizá no se le dé bien todavía, pero tú... déjate pescar*". Y aquí me tienes.

El recuerdo de mi abuelo se hizo presente. Parecía que estaba allí, junto a mí, sentado en mi misma cama, con su pelo blanco, leyéndome un libro y guiñándome el ojo por encima de sus gafas. Parecía tan real, que pude oír su voz, esa voz que había escuchado tantas veces:

— Mira, Javier, mira por la ventana. ¿Ves las estrellas? Parece que están lejos, pero un día bajarán al estanque y se acostarán allí. Hasta que otro día, quizá no muy lejano, vayas a pescarlas. Entonces conocerás el tesoro del estanque...

— ¡Lo conozco, abuelo! ¡Ya las he pescado! —le contesté, satisfecho—. Se han hecho mis amigas y me han contado

los secretos del mundo y de la vida.

— *Me alegro. Tenía ganas de que lo consiguieras.*

Con los ojos llenos de lágrimas, sólo acerté a decir:

— Estrella de los Recuerdos, ¿puedes hacerme un favor?

— Dime. ¿Qué quieres?

— Sólo una cosa. Vete con él. Y llévale muchos besos míos.

No tuve que repetírselo. Deposité siete besos en cada una de sus siete puntas. Le dije adiós por lo menos siete veces y se fue volando, a toda prisa, por la ventana de mi cuarto. En unos instantes mágicos, la vi posarse a lo lejos, al lado de la Osa Mayor, y observé cómo se encendía y se apagaba, que ése es el guiño de las estrellas…

Entonces lo comprendí. Está dándole mis besos al abuelo y diciéndole lo grande que estoy —pensé, orgulloso—. Así que miré al cielo y le lancé un beso con la mano:

— ¡Buenas noches, abuelito! —dije, muy bajo, sabiendo que él me iba a escuchar.

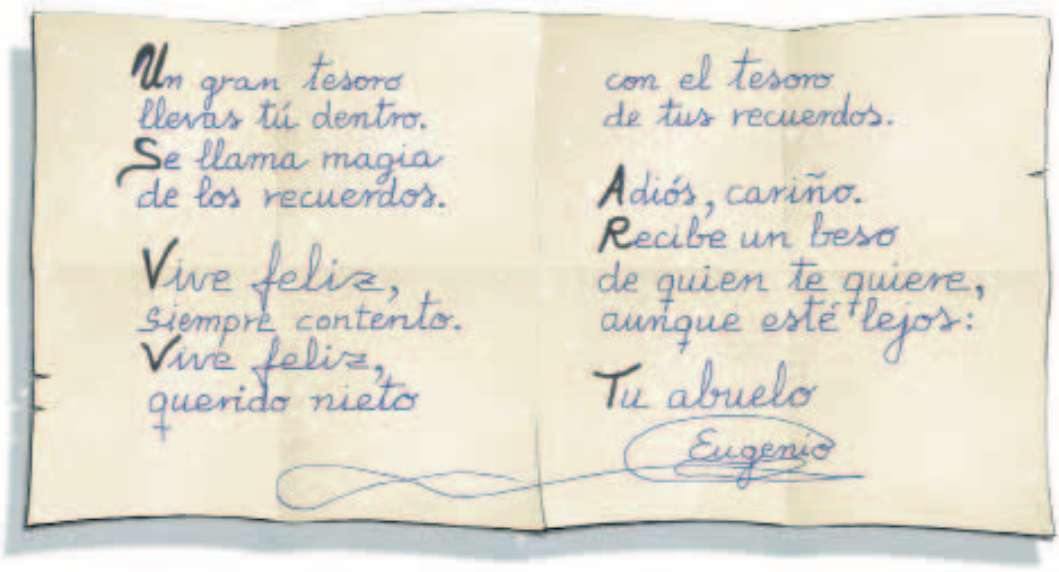
— *¡Buenaaas nooochesss!* —me contestó, en la lejanía—. Pero lo escuché claramente, como si estuviera a menos de un metro, como cuando me cogía y me sentaba en sus piernas.

Miré a través de la ventana y noté que me guiñaba de nuevo.

*****

A los pies de la cama, en el suelo, estaba su tarjeta de visita. Quizá no me la había entregado para no perder tiempo y así llegar antes a darle el recado a mi abuelo.

Era más grande que las otras y tenía algo especial y querido. ¡Esta sí que era la letra de mi abuelo! ¡Lo comprendí al instante! Estaba claro:



¡Gracias, abuelito! ¡Es la tarjeta más bonita que se haya escrito nunca!

El despertar del pescador

Mamá entró en mi cuarto, se acercó a mí, me dio un par de besos y me zarandeó con cariño:

— ¡Vamos, hijo! ¡Arriba! ¡Date prisa!

— Mamá, ¿puedo estar otro poquito? Hoy no hay cole.

— Lo que quieras. Pero te recuerdo que hoy es tu cumpleaños... ¡Feliz cumpleaños, cariño!

— ¡Es verdad! ¡Hoy cumplo siete años!

Papá llegó detrás, más contento que nunca:

— ¡Feliz cumpleaños!

— ¡Gracias, papá!

— ¿No quieres ver tu regalo? —me preguntó mamá.

— Claro. Pero antes quiero contaros un sueño muy hermoso.

— ¿Has soñado?

— Sí, mamá. Toda la noche.

— ¿Y qué has soñado? —me preguntó papá.

— Algo verdaderamente bonito. Estuve con unas buenas amigas que me enseñaban a vivir.

— Entré y estabas profundamente dormido —dijo mamá—. Llevas más de once horas en la cama. No te he despertado, porque estás de vacaciones. Además, me pareció que estabas cansado.

— Muy cansado, mamá. No he parado durante siete días y siete noches. Mis amigas me han hecho trabajar de lo lindo.

— Hablabas en alto —siguió mamá, que siempre se preocupaba por mí—. Parecía que estabas con alguien.

— Ya te lo he dicho, mamá.

— ¿Dime, quiénes son esas nuevas amigas, de las que hablas con tanta emoción? —preguntó papá, sonriendo.

— Luego os lo contaré con detalle. Es largo de explicar.

Entonces mamá casi se enfada. No me di cuenta de que había ido a inspeccionar mi armario:

— ¡Javier! ¿Qué hace aquí, en tu armario, esta bolsa de basura? ¿Y estos hilos dorados, de dónde me los has cogido?

— Lo de la bolsa ya te lo explicaré. Pero los hilos no te los he cogido. Son cabellos de estrella.

— Y estos papeles, ¿qué hacen tirados por el suelo? ¿Cuántas veces te he dicho que tienes una hermosa papelera que no está de adorno? —dijo, al ver algunas de las tarjetas de visita.

— No te preocupes, mamá. Ahora lo recojo todo.

— ¡Ay, Javier, eres un desastre! Porque es tu cumpleaños y no es día de regañinas, que si no…

Antes de que mamá cambiara de parecer, salí disparado hacia el salón. Casi tropiezo con mi hermana, que venía en ese momento hacia mi cuarto.

— ¡Feliz cumpleaños, hermanito! —me dijo, más simpática que nunca.

— Gracias, Caro.

Sin esperar más felicitaciones, seguí lanzado en busca de mi regalo. Por poco me doy con el reloj de pared que estaba a la entrada del salón, pero llegué sano y salvo a mi destino. Allí estaba, encima de la mesa. Según lo vi, me lo imaginé. Por la forma, era un libro. Lo abrí y mi corazón dio un vuelco. ¡Guay! ¡El libro que estaba esperando!

Lo miré por detrás. Me gusta mirar los libros por detrás, porque te dan una pista de lo que tratan por dentro. Éste decía:

"En la joya que tienes en las manos te cuento la verdadera y fantástica historia que me ocurrió cuando era pequeño: Cómo aprendí a pescar estrellas, cómo se hicieron mis amigas y cómo me enseñaron los auténticos secretos de la vida.

¿Quieres tú también pescar estrellas? Aquí te dejo mi red. Es tuya. Sólo tienes que lanzarla al agua con un poquito de imaginación, unas gotas de sonrisa, unos kilos de ilusión, mucho cariño, un montón de alegría, una pizca de amistad, unos gramos de paciencia y grandes dosis de esperanza. Ah, y seguir las instrucciones del manual, que tienes en las primeras páginas.

Si lo haces, vivirás una aventura fascinante, tan fascinante como la que yo he vivido.

Que pesques muchas. Por lo menos, tantas como yo. Un abrazo.

Javier, el pequeño pescador".

Por fuera, en la pasta del principio, en letras grandes, adornadas por un bonito dibujo de un niño que se parecía a mí, ponía:

El pescador de estrellas

“El pescador de estrellas”

No me lo podía creer. Allí estaba mi historia. Mi propia historia, narrada en un libro, donde aparecía todo lo que me había sucedido durante una semana de aquel caluroso verano. ¿O quizá todo sucedió durante una intensa y mágica noche?

No lo sé, ni me importa. Lo único que tengo seguro es que aquella historia ya la había vivido y para mí era tan real como el regalo que tenía entre las manos.

Mamá, papá y mi hermana me observaban embelesados, con cara de admiración. Yo, en medio de los tres, no sabía a quién mirar.

— ¿Te ha gustado, hombrecito? Porque, con siete años, ya eres un hombrecito —me dijo papá, más sonriente que nunca.

— Mucho. Pero no soy un hombrecito —le dije, sintiéndome importante—. Soy un pescador de estrellas.

No dijeron nada. Pero a los tres los veía felices.

Yo apreté el libro fuertemente contra mi corazón. Los miré, les di dos cariñosos besos a cada uno de los tres —o sea, seis besos, que ya sé multiplicar—. Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero de emoción y alegría. Y sólo acerté a decir, con la voz entrecortada:

— ¡Gracias! ¡Me habéis hecho muy feliz!

Entonces noté que alguien me pinchaba suavemente en el hombro. No podía ser otra. ¡La Estrella de los Recuerdos!

Comprendí su mensaje. Miré hacia arriba, que es donde está el cielo y, con la mayor de las sonrisas de mis siete años recién cumplidos, grité con todas mis fuerzas, para que mi mensaje llegara hasta allí:

— ¡Gracias, abuelooo…!

Y entonces, en el silencio del salón, pude escuchar claramente una voz muy lejana, pero tremendamente familiar. Una voz que venía de allá arriba, del mágico país de las estrellas:

— *De naaada, mi pequeño pescadooor…*

Agradecimientos

A mi querida y recordada Estrellita, que me dio la idea y me empujó a escribir este "Pescador de estrellas". Sin ella, no existiría esta historia, que espero que lea y disfrute desde "el país de las estrellas".

A Conrado Blanco y a su Fundación, que me brindaron la posibilidad de publicar este libro. Sin su ayuda y apoyo, estaría aún perdido en mis carpetas inéditas.

A Valeriano Aldonza, Miguel Ángel Reyero y Luisa Arias, por su colaboración en algunos capítulos con sus certeras indicaciones y por ponerme "los puntos sobre las íes".

A Fernando Noriega, que fielmente ha dado imagen y vida a los personajes de este libro, por saber plasmar con tanta ternura y tanto arte la esencia del texto.

A Rafael Cabo, por su paciencia, su minuciosidad y su gran profesionalidad a la hora de ir dando forma a un libro como este.

A todos los que de alguna manera, en una situación personal muy difícil para mí, me han echado una mano y me han animado a poner en marcha este proyecto.

A los niños y no tan niños que, con su sencillez e ingenuidad, han sido mi principal motivo de inspiración. A todos ellos va dirigido el mensaje de las estrellas.